

rojos y candados. Despues de haber probado á examinar cinco ó seis casas, y encontrádaslas todas ellas fortificadas de esta manera, el gamin se encogió de hombros, y entró en materia consigo mismo en estos términos:

— ¡Pardiez!...

Y en seguida se puso otra vez á mirar al aire.

Juan Valjean, que, pocos momentos ántes, en la situacion de espíritu en que se hallaba, no habria hablado, ni áun respondido siquiera á nadie, se sintió irresistiblemente estimulado á dirigir la palabra á aquel muchacho.

— Chicuelo, le dijo, ¿qué es lo que tienes?

— Yo no tengo más que hambre, respondió Gavroche con llaneza y con lisura. Y añadió: Chicuelo, usted tambien.

Juan Valjean echó mano al bolsillo y sacó de él una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que era una especie de aguzanieve y que pasaba rápidamente de un gesto á otro, acababa de recoger del suelo una piedra. Habia notado allí la existencia de un farol encendido.

— ¡Toma! dijo, ¿conque todavía tienen ustedes aquí faroles? Amigos, ustedes no se hallan en regla. Esto es un desórden. Rompanme ustedes eso pronto.

Y diciendo y haciendo, lanzó el guijarro contra el farol, cuyos cristales cayeron con tal estrépito, que unos bourgeois que estaban acurrucados y envueltos entre sus cortinas en la casa de enfrente, gritaron: ¡Aquí tenemos ya un 93!

El farol osciló violentamente y se apagó, quedando la calle en un instante brusco sumida en la más completa oscuridad.

— Eso es, calle vieja, dijo Gavroche, ponte tu gorro de dormir.

Y dirigiéndose hácia Juan Valjean:

— ¿Cómo llaman ustedes á ese monumento gigantesco que tienen ahí al fin de la calle? ¿Son los Archivos, no es verdad? Convendria sacudir un poco el polvo á esas bestiazas de columnas que están ahí, en ese edificio, y hacer boníticamente con ellas una linda barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche.

— Pobre criatura, dijo á média voz, y como hablando consigo mismo, tiene hambre.

Y le puso en la mano la moneda de cinco francos.

Gavroche levantó la nariz, admirado del gran tamaño de aquel sueldo, le miro bien en la oscuridad, y la blancura de aquella gran moneda le deslumbró. Las monedas de cinco francos las conocia él solamente de oídas; la fama que estas tenian, en su sentir, le era sumamente agradable; de modo que tuvo el mayor contento al ver una de cerca: y dijo: Contemplemos el *tigre*¹.

Estuvo considerándola algunos instantes con éxtasis; y despues volviéndose hácia Juan Valjean, le alargó la moneda y le dijo majestuosamente:

— Bourgeois, yo prefiero romper los faroles. Recoja usted y guárdese su ferozalimaña². A mí no se me corrompe. Eso tiene cinco garras; pero á mí no me araña siquiera.

— ? Tienes madre? le preguntó Juan Valjean.

Gavroche contestó:

— Tal vez más que usted.

— Pues bien, repuso Juan Valjean, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió casi conmovido. Por lo demas, acababa él de notar que el hombre que le hablaba no tenia sombrero, y esto le inspiraba confianza.

¹ Palabra de *argot*, aplicada á estas monedas.

² Por el *tigre* (la moneda).

— ¿De veras, dijo, no me da usted esto para impedir-me que rompa los faroles?

— Rompe todo cuanto quieras.

— Usted es un hombre de bien, dijo Gavroche.

Y se guardó en un bolsillo la moneda de cinco francos.

Acresciendo por grados su confianza, añadió :

— ¿Es usted de la calle?

— Sí, ¿por qué me lo preguntas?

— ¿Podría usted indicarme el número 7?

— ¿Y con qué objeto, el número 7?

Aquí el niño se detuvo, sin pasar más adelante, temiendo haber dicho ya demasiado, clavó enérgicamente sus uñas en sus cabellos y se limitó á responder :

— ¡Curioso!

Una idea atravesó en aquel instante por la mente de Juan Valjean. La angustia tiene á veces estos rasgos de lucidez. De improviso preguntó al niño :

— ¿Eres tú quizás quien me traes la carta que estoy esperando?

— ¿Usted? dijo Gavroche. Pero si usted no es una mujer.

— La carta es para la señorita Coseta, ¿no es verdad?

— ¿Coseta? refunfuñó Gavroche. Sí; creo que es ese nombre tan raro.

— Pues bien, repuso Juan Valjean, yo soy quien debe entregarla esa carta. Dámela.

— ¿En tal caso, usted debe saber que yo soy enviado de la barricada?

— Sin duda, dijo Juan Valjean.

Gavroche metió el puño en otro bolsillo, y sacó de él un papel doblado en cuatro pliegues.

En seguida hizo el saludo militar.

— Respeto al despacho, dijo. Viene del gobierno provisional.

— Dámela, dijo Juan Valjean.

Gavroche tenía el papel levantado por encima de su cabeza.

— No vaya usted á imaginarse que esto es tal vez un billetito amoroso. Es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros, nos batimos, y respetamos el sexo. No somos como las gentes del gran mundo, donde hay gavilanes que se entretienen en enviar palomitas pintadas en el papel á sus polluelas.

— Dámela.

— En verdad, continuó Gavroche, que usted me parece ser un buen sugeto.

— Dámela pronto.

Tómela usted.

Y entregó la carta á Juan Valjean.

— Y despáchese usted, señor Coseto, porque la señorita Coseta está esperando.

Gavroche se mostró satisfecho de haber hallado él solo estos nombres.

Juan Valjean añadió :

— ¿Es á Saint-Merry adonde deberá llevarse la respuesta?

— Buen pastel haría usted si la llevara allá, dijo Gavroche, haría usted un pan como unas hostias, segun dice la gente fina. Esa carta viene de la barricada de la calle de la Chanvrerie, y yo me vuelvo allá. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto, Gavroche se marchó, ó por mejor decir, volvió á emprender su vuelo de ave escapada hácia el punto de donde venía. Sumergiöse de nuevo en la oscuridad como si abriera en ella un agujero, con la rigida velocidad de un proyectil; la callejuela del Homme-Armé apareció otra vez silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquel niño singular, que daba indicios de te-

ner en sí sombras y sueños, se había engolfado en la bruma de aquellas hileras de casas negras, perdiéndose allí como el humo en las tinieblas; y se le habría podido creer disipado ó desvanecido, si, algunos minutos despues de su desaparicion, una estrepitosa rotura de vidrieras y el espléndido y sonoro estruendo de un farol que cayó en mil pedazos sobre el suelo, no hubieran despertado de nuevo bruscamente á los bourgeois indignados. Era Gavroche que pasaba por la calle del Chaume.

III

MIÉNTRAS QUE COSETA Y TOUSSAINT ESTAN DURMIENDO

Juan Valjean se entró en casa con la carta de Marius. Subió á tientas la escalera, satisfecho de las tinieblas como el buho que lleva asida su presa, abrió y volvió á cerrar suavemente su puerta, escuchó si habria algun ruido, se persuadió de que, segun todas las apariencias, Coseta y Toussaint estaban dormidas, sumergió en la botella del eslabon Fumade tres ó cuatro fósforos ántes de poder conseguir una chispa de luz, tal era el temblor de sus manos; habia algo de robo en lo que acababa él de ejecutar; y por último, una vez encendida su vela, apoyóse de codos sobre la mesa, desdobló el papel y se puso á leerle.

En las grandse y violentas emociones, no se lee, se precipita uno, digámoslo así, sobre el papel que tiene en la mano. le comprime, le estruja como á una víctima, le ar-

ruza, le maltrata, clavando á veces en él las uñas de su ira ó de su alegría; se corre ante todo á leer el fin, se salta al principio: la atencion se halla como en estado febril; ella comprende en globo, sobre poco más ó menos, lo esencial; se penetra de un punto, y todo lo demas desaparece. En el billete de Marius á Coseta, Juan Valjean no vió más que estas palabras:

« Yo muero. Cuando leas esto, mi alma se hallará junto á ti. »

En presencia de estas dos líneas, experimentó una turbacion horrible; permaneció un momento como anonadado por el cambio de emocion que se operaba en él, miraba el billete de Marius con una especie de asombro lleno de ebriedad; tenia ante sus ojos este esplendor, la muerte del sér aborrecido.

Lanzó un horrendo grito de gozo interior. Así, pues, era asunto concluido. El desenlace llegaba más pronto de lo que se habría podido esperar. El sér que ponía obstáculo á sus destinos desaparecía. Él mismo se suprimía, libremente, de su propia y buena voluntad. Sin que él, Juan Valjean, hubiera hecho nada para ello, sin que fuese por culpa suya, « aquel hombre » iba á morir. Y aún tal vez se hallaba ya muerto. — Aquí su fiebre empezó á hacer cálculos. — No. Todavía no está muerto. Es evidente que esta carta ha sido escrita para que Coseta la lea mañana por la mañana; desde esas dos descargas que se han oído entre once y doce de la noche, no ha habido más fuegos; la barricada no será atacada seriamente hasta al amanecer; pero, es igual, desde el momento en que « ese hombre » ha tomado parte en tal guerra, está perdido; ya le tienen cogido las ruedas dentadas, y no le soltarán sino hecho pedazos. — Juan Valjean se sentía libertado ya de aquel rival temible. Iba, por consiguiente, á hallarse él de nuevo solo con

Coseta. Toda competencia cesaba; y recomenzaba en porvenir. Él no tenía más que hacer sino guardarse aquella carta en el bolsillo. Coseta no sabría nunca que habia venido á ser de « aquel hombre. » — « No hay más sino dejar que las cosas se realicen por su curso natural. Ese hombre no puede escapar. Si no ha muerto aún, está seguro de que va á morir. ¡ Qué dicha! »

Dicho todo esto en su interior, se puso á cavilar con aspecto sombrío.

Al poco tiempo bajó y despertó al portero.

Una hora despues, Juan Valjean salia con su uniforme completo de guardia nacional y armado. El portero le habia encontrado fácilmente en la vecindad con que completar su equipo. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos. Encaminóse hácia el barrio de los mercados centrales.

LOS EXCESOS DE CELO DE GAVROCHE

Entre tanto, acababa de suceder á Gavroche una aventura.

Despues de haber apedreado concienzudamente el farol de la calle del Chaume, Gavroche llegó á la calle de las Vieilles-Haudriettes, y viendo que no habia en ella un alma, halló la ocasion oportuna para entonar las canciones de su repertorio favorito, que tan bien sabia él apropiár á las circunstancias. Léjos de retardarse, su marcha se aceleraba por el canto. Empezó pues á apedrear las casas donde se albergaban tantas familias dormidas ó aterradas con estas coplas incendiarias :

L'oiseau médit dans les charmillés,
Et prétend qu'hier Atala
Avec un Russe s'en alla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

LOS MISERABLES

553

Mon ami pierrot, tu babilles,
Parce que l'autre jour Mila
Cogna sa vitre et m'appela.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Les drôlesses sont fort gentilles;
Leur poison qui m'ensorcela,
Griserait monsieur Orfila.
Où vont les belles filles,
Lon la.

J'aime l'amour et ses bisbilles.
J'aime Agnès, j'aime Pamela,
Lise en m'allumant se brûla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Jadis quand je vis les mantilles
De Suzette et de Zella,
Mon âme à leurs plis se mêla.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Amour, quand, dans l'ombre où tu brilles,
Tu coiffes de roses Lola,
Je me damnerais pour cela.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Jeanne, à ton miroir tu t'habilles !
Mon cœur un beau jour s'envola ;
Je crois que c'est Jeanne qui l'a.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Le soir, en sortant des quadrilles,
Je montre aux étoiles Stella
Et je leur dis : Regardez-la.
Où vont les belles filles
Lon la !

Sin dejar de cantar, Gavroche prodigaba al mismo

* El pájaro está trinando y maldiciendo en el vallado, porque

tiempo la pantomima. El gesto es el punto de apoyo del estribillo. Su cara, inagotable repertorio de máscaras, hacia muecas y gesticulaciones más convulsivas y más fantásticas que las bocas de una sábana agujereada y expuesta á un viento fuerte. Desgraciadamente, como se hallaba solo y era de noche, nada de lo que él hacia era visto, ni visible tampoco. Hay así muchas riquezas perdidas, como esta.

De improviso cortó el vuelo á su canto.

— Interrumpamos la romanza, dijo para sí.

Su pupila felina acababa de distinguir en el fondo de un portal lo que los pintores llaman un conjunto, ó un grupo; es decir, un sér y una cosa; la cosa era una carreta de mano, y el sér, un auvernés que se hallaba dentro durmiendo.

segun dice, Atala se marchó ayer con un Ruso. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Gorrion amigo, que estás ahí charlando, porque Mila el otro día me hizo señas y me llamó dando golpecitos en sus cristales. ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Son muy lindas, las picaruelas; su veneno, capaz de embriagar al mismo Orfila, me hechizó á mí completamente. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Me gusta el amor, con sus reyertas, me gusta Ines, me gusta Pamela, Lisa se quemó al mirarme. ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

¡ Cuando en otro tiempo vi yo las mantillas de Suzeta y de Zaida, mi alma se enredó entre sus pliegues. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Amor, cuando en la sombra donde tú brillas, coronas de rosas á Lola, me condenaría yo por ella. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

¡ Te estás vistiendo á tu espejo, Juana! Un día se me fué volando el corazón; yo creo que Juana es quien le tiene. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Por la noche, al salir del baile, nuestro yo mi Stela á las estrellas y las digo: ¡ miradla! — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Los brazos de la carreta se apoyaban en el suelo y la cabeza del hijo de la Auvernia reposaba sobre las tablas del carreton; hallándose su cuerpo hecho un lio sobre aquel plano inclinado, y sus piés tocando al suelo.

Con su fina experiencia de las cosas de este mundo, Gavroche reconoció al punto un borracho.

Sin duda era algun mozo de cordel de la esquina inmediata que dormia demasiado, por haber bebido en demasía.

— Hé aquí, dijo entre sí Gavroche, para lo que sirven las noches de verano. El maruso se duerme en su carreton. Se toma el carreton para la república y se deja el maruso á la monarquía.

Su espíritu acababa de ser iluminado por esta esplendente claridad:

— La carreta hará un bonito servicio en nuestra barricada.

El auvernés estaba roncando á sus anchas.

Gavroche tiró suavemente de la carreta hácia arriba y del borracho hácia abajo, es decir, por los piés, y al cabo de un minuto, el auvernés, imperturbable é inmóvil, yacia tranquilamente en el suelo.

La carreta se hallaba libre.

Acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, Gavroche llevaba de todo siempre consigo. Se metió la mano en un bolsillo, y sacó de él un pedazo de papel blanco y otro de un lápiz rojo. birlado á algun carpintero.

Y escribió:

« República francesa.

» He recibido tu carreta. »

Y firmó:

« GAVROCHE. »

Hecho esto, introdujo el papel en un bolsillo del chaleco de pana del maruso, quien no cesaba de roncar, empuñó con ambas manos el carretón, y se marchó, en la dirección de los mercados centrales, empujando hácia adelante la carreta, á todo correr, con un glorioso y triunfal estrépito.

Esto tenía sus contras. En la Imprenta real habia un cuerpo de guardia, y Gavroche no pensaba siquiera en esta circunstancia. Aquel puesto estaba ocupado por guardias nacionales de las afueras. Cierta alarma empezó á cundir un poco entre los nacionales que estaban allí de guardia, levantándose algunas cabezas sobre los tablados ó camas de campaña. Dos faroles rotos uno en pos de otro, y aquellas coplas subversivas, cantadas con tan violento y enérgico teson, era ya demasiado para unas calles tan solitarias y tan silenciosas, que tienen ganas de dormir al ponerse el sol, y que suelen apagar tan temprano sus lámparas y bujías. Una hora hacía ya que el gamin estaba haciendo en aquel barrio tan pacífico el ruido de un mosquito en una botella. El sargento de la banlieue le escuchaba, y le esperaba. Era este un hombre prudente.

— ¡ Sin duda es toda una banda rebelde! dijo, vamos despacio.

Ahora él era claro que la hidra de la anarquía habia salido de su caja y que se rebullia y se agitaba en aquel barrio.

Y el sargento se aventuró á salir fuera del puesto, con pasos mesurados.

De repente Gavroche, empujando siempre su carreta, en el momento en que iba á desembocar de la calle de las Vieilles-Haudriettes, se halló de frente con un uniforme, un shakó, un plumero y un fusil.

Por segunda vez volvió á pararse en su camino.

— ¡ Toma! dijo, es él. Buenas noches, señor orden público.

Las sorpresas de Gavroche eran breves, y se deshacian pronto.

— ¿ Adónde vas tú, granuja? le gritó el sargento.

— Ciudadano, dijo Gavroche, todavía no le he llamado yo á usted bourgeois. ¿ Por qué me insulta usted pues de esa manera?

— ¿ Adónde vas, perillan?

— Amigo mio, repuso Gavroche, quizás era usted ayer un hombre de chiste, pero esta mañana le han destituido.

— ¿ Te pregunto adónde vas, pillito?

Gavroche respondió:

— Vaya, que habla usted decentemente. En verdad que nadie le daría á usted la edad que tiene. Debería usted vender todos sus cabellos á cien francos la pieza. Le producirían á usted sus quinientos francos.

— ¿ Adónde vas? ¿ adónde vas? ¿ adónde vas, bandido?

Gavroche replicó:

— ¡ Echa! ¡ vaya unas palabras sucias! la primera vez que le den á usted de mamar, será preciso que le limpien muy bien la boca.

El sargento caló la bayoneta.

— ¿ Me dirás por fin adónde vas, miserable?

— Mi general, dijo Gavroche, voy en busca del médico para mi esposa que está de parto.

— ¡ Á las armas! gritó el sargento.

Salvarse por la misma causa que los habia perdido, es la grande obra de los hombres fuertes; Gavroche midió de una ojeada toda la situación. La carreta era la que le habia comprometido; la carreta por consiguiente debia protegerle.

En el instante mismo en que el sargento iba á precipitarse sobre Gavroche, la carreta, convertida en proyectil y lanzada á todo vuelo, rodaba sobre él con furia inaudita, y el sargento, cogido en mitad del vientre, cayó con vio-

lencia de espaldas en el arroyo, mientras que su fusil disparó al aire y fué con él rodando por el suelo.

Al grito del sargento, los hombres del puesto habian salido en el mayor desorden; el tiro que oyeron ocasionó una descarga general á la ventura, despues de la cual volvieron á cargar las armas, y recomenzaron el fuego.

Estas descargas de fusilería hechas así á tientas, como á la gallina ciega, duraron un cuarto de hora largo, dando á unas cuantas vidrieras de las casas inmediatas.

Entre tanto Gavroche, que habia vuelto pié atrás desatinadamente, se detuvo cinco ó seis calles más allá, y se sentó jadeando sobre el guardacanton que está en la esquina de los Enfants-Rouges.

Desde allí aplicaba el oído.

Despues de haber respirado y resoplado unos instantes, volvió la cara hácia el lado donde las descargas de fusilería hacian tan rabioso y tan inofensivo estrago contra los cristales, levantó su mano izquierda á la altura de la nariz, lanzándola tres veces consecutivas hácia delante, y golpeándose al mismo tiempo con la mano derecha la parte posterior de la cabeza; gesto soberano en el cual los pilluelos de Paris han condensado la ironía francesa, y de cuya eficacia no es permitido dudar, puesto que ya cuenta medio siglo de existencia.

Esta alegría fué sin embargo turbada por una reflexion amarga.

— Si, dijo el gamin, yo me divierto aquí y estallo de risa, estoy rebosando de gozo y contento, pero pierdo mi tiempo y mi camino, y necesitare dar un rodeo. Con tal que llegue oportunamente á la barricada!

Y en seguida volvió á emprender su ruta.

Mientras que iba corriendo:

— ¡Ah! vamos, dijo, ¿dónde me hallaba yo de mis versos?

Y entonó de nuevo su cancion, engolfándose rápidamente en las calles, y haciendo resonar el aire en las tinieblas con estas otras coplas:

Mais il reste encore des bastilles,
Et je vais mettre le holá
Dans l'ordre public que voit-á
Où vont les belles filles,
Lon la.

Quelqu'un veut-il jouer aux quilles
Tout l'ancien monde s'éroula
Quand la grosse bouie roula.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Vieux bon peuple, à coups de béquilles
Cassons ce Louvre où s'étala
La monarchie en falbala.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Nous en avons forcé les grilles,
Le roi Charles Dix ce jour-lá
Tenait mal et se décolia.
Où vont les belles filles,
Lon la.

Este valeroso hecho de armas de la Imprenta real no

1 Pero todavía hay bastillas, y yo voy á poner órden en ese órden público que se nos depara. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

¿ Quiere alguien jugar á los bolos? Cuando la bofa gruesa echa á rodar, todo el mundo antiguo se desploma. — ¿ Adónde van las niñas banitas? Talaran-laran.

Mi bueno y mi viejo pueblo, rompamos á muletazos ese Louvre donde se ostentó la monarquía con sus oropeles. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

Nosotros hemos ya forzado sus verjas, aquel día el rey Carlos Diez se hallaba mal pegado y se desencoló. — ¿ Adónde van las niñas bonitas? Talaran-laran.

quedó sin resultados. La carreta fué conquistada y el borchacho hecho prisionero. La primera fué reducida á secuestro, y el segundo sometido, más adelante, á un consejo de guerra y perseguido como cómplice de la rebelion. El fiscal, en esta ocasion, dió pruebas de su infatigable zelo en defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que conserva fielmente la tradicion del barrio del Temple, es uno de los más terribles recuerdos de los viejos bourgeois del Marais, quienes la intitulan : Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta real

FIN DEL TOMO CUARTO Y DE LA PARTE CUARTA



INDICE

DEL TOMO CUARTO

CUARTA PARTE

EL IDILIO EN LA CALLE PLUME

Y LA EPOPEYA DE LA CALLE SAINT-DENIS

LIBRO PRIMERO. — ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

I. Bien cortado.....	4
II. Mal cosido.....	11
III. Luis Felipe.....	16
IV. Hendiduras en los cimientos.....	26
V. Hechos de donde emana la historia y que la historia ignora.....	36
VI. Enjolras y sus tenientes.....	52

LIBRO SEGUNDO. — EPOPEYA.

I. El campo de la calandria.....	59
II. Formacion embrionaria de los crimenes en la incubacion de las prisiones.....	68
III. Aparicion al tío Mabeuf.....	75
IV. Aparicion á Marius.....	81